

FRANCISCO MASRIERA



¡LA ÚLTIMA COPA!

Propiedad de don José Ferrer - Vidal y Soler



EL COLORÍN Y EL BALLESTERO

CUENTO ANTIQUÍSIMO

De mis pocas y mal coordinadas lecturas históricas, me atrevo á sacar la siguiente deducción: Por regla general, los contemporáneos de los grandes tiranos valían bastante menos que éstos. Glosa: cada país tiene el gobierno que merece; y, en términos más pedestres; que para quien es padre buena está madre. Es fácil observar también que aquellos azotes de la humanidad tuvieron de ordinario á su inmediato servicio hombres de grandísima fidelidad y abnegación que les sacrificaban vidas y haciendas, más por entusiasmo que por lucro y, á veces, sin compartir con ellos sanguinarios y reprobables instintos. Claro está que los tiranos, ni en Europa ni en América, desde Nerón al dictador de Francia, no suelen ser sujetos adocenados, y también es evidente que la admiración hacia todo lo extraordinario, cautiva casi tanto como el oro. Tengo para mí que es preferible ser ballestero de maza de Don Pedro I de Castilla que Mayordomo mayor de Carlos II.

La historia del hijo y heredero de Don Alfonso XI está por escribir, con haber dado no poco trabajo á la imprenta desde que se estampó la Crónica del Canciller Don Pedro López de Ayala hasta que vió la luz, recientemente, el libro de Don Juan Catalina García. Asegura éste, que es la obra de aquél «la fuente más copiosa y más antigua que ha de estudiarse acerca del reinado» del cruel ó el justiciero.

¿Pero será tan cristalina la tal fuente, como antigua y copiosa? ¿No la enturbiaría, convirtiéndola en charco de ranas, la pasión que pudo guiar al historiador, afecto en un principio á su egregio tocayo y luego su enemigo declarado? Esto es lo que resta por averiguar.

Como quiera que ello sea, quintales de documentos auténticos, bastantes á patentizar las atrocidades imputadas al Monarca castellano, sería preciso traer, como prueba al gran pleito histórico, para destruir el nimbo ó aureola poético, y verdaderamente democrático, con que los sevillanos, y en general el pueblo español, rodean la original figura del rey del Candilejo, del Arcediano de San Gil y del que se arrojó á caballo en el Río grande para castigar la audacia de un fraile, que, creyéndose seguro, le disparaba bulas de excomunión desde una barquita.

Acordándome de Juan Diente, el célebre ballestero de maza del rey Don Pedro, me ocurrieron las anteriores reflexiones que pueden muy bien no venir á cuento, cuando se trata sólo de referir el que sigue:

¿Dónde encontrar más verdes y frondosos arrayanes que los que se ven, á la entrada de la huerta, en los alcázares del rey Don Pedro, en Sevilla? Sólo los que se adormecieron con el perfume de sus azahares y han visto florecer las calles de adelfas y las tapias cubrirse de jazmines, pueden decir lo que es Andalucía. Los que se perdieron alguna vez en el

«... obscuro laberinto
que á los hurtos de amor brinda»,

los que han sentido sobre la piel, abrasada por aquel sol capaz de dorar el cieno, la lluvia benéfica de ocultos surtidores que brotan, como los del Generalife,

«Saltando entre los mosaicos
de pintadas piedrecillas...»

Por saber lo que es Andalucía pueden formarse idea aproximada de lo que debió de ser el Paraíso. Juan Diente, poder ejecutivo del rey Don Pedro I de Castilla, tenía á veces muy buenas entrañas y, como Nerón, inclinaciones artísticas, aunque el ballestero carecía de toda especie de cultura.

Muchas siestas, á solas con sus recuerdos y á la sombra de algún naranjo de aquel mágico huerto, se había entretenido Juan Diente en ver pasearse las abejas sobre pétalos de rosa arrastrados por la límpida y fresca corriente en la acequia de ladrillo. Y aquella fiera, pronta siempre á descargar su maza vengadora sobre la cabeza de un cristiano, á la menor indicación del Monarca; más de una vez desnudando la daga la había sumergido en el agua que hacía zozobrar con su empuje el perfumado barquichuelo, para que el mortífero hierro sirviera de salvavidas al industrioso insecto.

Juan Diente se deleitaba oyendo cantar á las avecillas. Y fué el caso que en una siesta asentóse un jilguero sobre el granado que le daba sombra. Era aquel ave menor de calaña albar, la primera de las cuatro en que divide un antiguo inteligente esta familia de pájaros. Tenía «los encuentros de las alas muy negros, y los amarillos muy finos, y en la cola seis blancos grandes y muy blancos; la cabeza grande: y el ojo también grande; el pico grande y largo; y mucha parte del pico hacia la punta, negro mucha parte de él: barbas negras: la zanca y garra grande: ancho de espalda, y los cuchillos cortos y anchos, bien sacados y cenceños». Que éstas son las señales que debe tener todo buen jilguero macho, según Juan Bautista Xamarro, «á quien el Sumo Hacedor comunicó natural inclinación al conocimiento de aves pequeñas».

Como de calaña albar, tenía el jilguero de mi cuento la música más furiosa y concertada (según advierte también el clásico pajarero que acabo de mentar) y un madroño tan rojo y brillante como el mejor rubí de la India.

¡Dios poderoso, cómo cantaba el avecilla!
—Chafarrin, chafarrin, chicoilo, tupili, chimbili, rucha, tibilio...

Juan Diente se hubiese pasado escuchándole los cuatrocientos años que, en compañía de la Princesa, corrieron sin sentir para el pescadorcito Hurashima en el Palacio del Dragón.

Varias tardes bajó el soldado á la huerta y en ninguna de ellas faltó la música del jilguero que solía atracarse de melosos higos negros. En la higuera puso Juan Diente cierta ingeniosa redcecilla y tuvo el acierto de coger vivo y sano al cuitado pajarito que, como es consiguiente, dejó de cantar.

Disponiase el ballestero á encerrarlo en una jaula que al efecto tenía prevenida, cuando, con extraordinaria sorpresa suya, y en voz como de alma en pena, oyó que el jilguero le decía:

—¿A qué te afanaste por me tomar? ¿Qué provecho te aguarda con mi prensión?

Juan Diente, hombre de muchísimos hígados, logró reponerse pronto de la tremenda sorpresa y respondió con acento firme:

—Cobdicio oír tus cantos.

—No has de lograrlo, ca ni de grado ni por fuerza cantaré.

—Te comeré, si non cantares.

—Cocido, poco te valdré; asado, menos. Pero, si me sueltas, he de darte tres consejos que preciarás más que la carne de tres terneras.

Abrió Juan la mano, y apenas si el jilguero, entumecido, tuvo fuerzas para dar un vuelo y volver á posarse abatidísimo en la higuera donde había sido cazado.

Allí comenzó á peinarse la pluma con el pico.

—Di los consejos.

El colorín no pareció hacer caso de Diente; sin embargo, volvió á escucharse la vocecilla que decía:

—Lo primero, no creas todo lo que te cuenten: lo segundo, guarda é tien firmemente lo que te pertenezca: lo tercero, no hayas cubita en jamás por cosa que pierdas.

Saltó el avecilla á otra rama y continuó la plática en estos términos:

—Dios sea loado que anuló tus ojos, Juan. ¿No viste en mi cabeza brillar el más magnífico rubí de la India? ¿cómo me soltaste?

Juan Diente se mesó las barbas.

—Aina olvidaste arreo los tres consejos. Creiste lo que te dije; me sueltas, y duélete, en fin, haberme dado libertad. Cesó la voz, y como el ballestero sintiese á sus espaldas, tras un frondoso bosque de murta, el rumor de una tosecilla que se trataba de ahogar; fué hacia allá, rápido como una saeta, encontrándose con Maese Abraham Levi, agazapado tras el follaje.

Era éste, físico del rey Don Pedro, famoso ventrílocuo no muy amigo de Juan Diente y muy mucho de burlas. Conocía éste de antiguo la rara habilidad del físico, pero había sido engañado por ella una vez más. Había expiado Abraham Levi al ballestero y, visto su entusiasmo por el colorín, quiso poner en acción, á costa de aquél, el cuento de *el ruiseñor y el riustico*, referido por Pero Alfonso, autor de *Disciplina Clericalis* y compatriota del físico.

Mediaron explicaciones, dulcísimas de parte del hebreo y bastante agrias de la de Juan Diente, que les puso punto final con esta advertencia:

—¡Guárdate maese de non ser osado de enderezarme nueva plática con esa boca (y le señalaba al vientre), ca pudiera venirme en antojo cosérsela con aquesta aguja!, y se acariciaba la daga.

Luego tomaron cada cual por distinto camino; el jilguero, repuesto de las agonías que había pasado entre las manazas de Juan Diente, alzó el vuelo, trasponiendo los tapias de la huerta, y... colorín, colorado.

EL CONDE DE LAS NAVAS

EL CASTIGO

(FACETA)

JUAN, loco de amor por Ana, advierte con tremendo dolor que su adorada ama á Pedro. Una noche, desesperado, al ver que Ana le desprecia, coge una escopeta de dos cañones, la carga cuidadosamente, sale á paso de lobo de su casa y entre tinieblas, saltando tapias, va hasta el jardín donde Ana habla con Pedro. Un disparo, un ¡ay!, un hombre muerto.

Nadie ha visto el crimen. Pero hay sospechas de que Pedro ha muerto á manos de otro mozo enemigo suyo. Y como la justicia es ciega, el infeliz va á presidio, en tanto que Juan, impune, reconquista el amor de la traidora y se casa con ella.

Pasan unos años. La felicidad del asesino es completa: su mujer le quiere y su hijo, de ocho años, es el más listo y bonito del pueblo. ¿Remordimientos? ¿Para qué? El no hizo sino defender su bien que le arrebataban. ¿Que un hombre, siendo inocente, gime en la cárcel? Culpa es de la justicia, no suya. Y los días pasan y la dicha crece. Diríase que el egoísmo sangriento merece premio y no castigo.

¿Dónde está Pepe? ¿Cómo no acude, sabiendo que es la hora de la comida? ¿Cómo no contesta á su llamamiento? Su madre asegura que ha de estar en casa. —¡Pepín! ¡Pepín!—Nadie contesta.

Juan, enloquecido, busca, busca sin descanso. Del granero al establo; del jardín al huerto. —¡Pepín! ¡Pepín!— En vano.

En el extremo del jardín hay un barracón que muchos años atrás fué un cenador. Nadie penetraba en él; lleno está de trastos viejos. Ni los mozos de labranza ni las criadas abren jamás su puerta, que cada año, por la acción del tiempo, se desvencija más. Juan guardó en aquel barracón la escopeta homicida después de descargar con tan tremendo acierto uno de sus cañones.

¿Por qué está entreabierta la puerta del barracón? Es que sus maderos han cedido á una presión. Juan empuja á su vez la puerta y cae al suelo sin sentido.

Pepín se ha matado jugando con la escopeta y yace en el suelo con la rubia cabecita destrozada.

¿Remordimientos? ¿Para qué? Ya le ha herido el castigo.

